

9º Capítulo del Abad General OCist para el CFM - 04.09.2013

Hemos visto el nivel de la obra de Dios en el que Dios es creador de todos los seres; después, la obra de Dios en la que salva a su pueblo. Me parece que hay otro nivel de la obra de Dios que los Salmos nos ayudan a reconocer: el nivel que llamaría pascual y mesiánico, el nivel cristológico. Es un nivel que encontramos en el culmen o en el fondo de la obra de la salvación del pueblo.

Este nivel es mencionado, evidentemente, cada vez que los Salmos recuerdan la liberación pascual del pueblo de Israel de Egipto, con el paso del Mar Rojo. En el fondo, es el nivel en el que la obra de Dios se revela como obra que solo Dios puede llevar a cabo, por lo tanto, la obra de Dios por excelencia. Ciertamente, también la creación del mundo sólo puede ser hecha por Dios, pero el pueblo es testigo ocular de la milagrosa liberación del pueblo de Israel. En la noche pascual, la obra de la creación se convierte en obra de la redención, de la liberación del pueblo.

En la Vigilia pascual, La Iglesia nos invita a orar de esta forma después de la primera lectura: “Dios todopoderoso y eterno, admirable siempre en todas tus obras; que tus redimidos comprendan cómo la creación del mundo en el comienzo de los siglos, no fue obra de mayor grandeza que el sacrificio pascual de Cristo en la plenitud de los tiempos”.

A este propósito, me limito a citar el salmo 135, el “gran *Hallel*” de los hebreos: “Dad gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia. (...) Sólo él hizo grandes maravillas: porque es eterna su misericordia. (...) Él hirió a Egipto en sus primogénitos: porque es eterna su misericordia. Y sacó a Israel de aquél país: porque es eterna su misericordia. Con mano poderosa, con brazo extendido: porque es eterna su misericordia. Él dividió en dos partes el Mar Rojo: porque es eterna su misericordia. Y condujo por en medio a Israel: porque es eterna su misericordia. Arrojó en el Mar Rojo al Faraón: porque es eterna misericordia. Guió por el desierto a su pueblo: porque es eterna su misericordia.” (135,1.4.10-16)

Esta memoria agradecida de la redención del pueblo, de su liberación, signo de la misericordia eterna de Dios que atañe personalmente al pueblo y lo identifica como pueblo elegido, privilegiado del Señor, alcanza en los Salmos un nivel que sólo será esclarecido en Jesucristo: el nivel de un Ungido del Señor, de un Siervo del Señor, que a través de una humillación y exclusión extremas, recibirá de Dios una salvación y exaltación extraordinarias, una victoria sobre el mal y la muerte que será para todo el pueblo.

Cito dos salmos esenciales para expresar este misterio y este nivel cristológico y pascual de la obra de Dios: el salmo 21 y el salmo 117.

El salmo 21, que el mismo Jesús cita antes de morir en la Cruz, es la profecía mesiánica más explícita de todo el Salterio. Describe proféticamente la pasión y glorificación de Cristo, y la conversión y salvación de todos los pueblos, y de toda la humanidad, incluso de aquellos que “bajan al polvo” (21,30). Pues bien, la última palabra de este salmo, la palabra que resume todo lo que os he descrito y anunciado es: “¡Esta es la obra del Señor!” (21,32).

San Benito nos indica que recemos el salmo 117 los laudes del domingo, porque es también un salmo pascual y profético de la muerte y resurrección del Señor. Canta la victoria y la liberación que el amor del Señor ha dado a su siervo en la prueba de la amenaza de muerte por la que ha pasado.

“Empujaban y empujaban para derribarme, pero el Señor me ayudó; el Señor es mi fuerza y mi energía, él es mi salvación. Escuchad: hay cantos de victoria en las tiendas de los justos: ‘La diestra del Señor es poderosa, la diestra del Señor es excelsa, la diestra del Señor es poderosa’. No he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor. (...) Te doy gracias, porque me escuchaste y fuiste mi salvación. La piedra que desecharon los arquitectos, es ahora la piedra angular. ¡Esta es la obra del Señor, un milagro patente! Este es el día en que actuó el Señor: ¡sea nuestra alegría y nuestro gozo!” (117,13-17.21-24).

También aquí exclama el salmista: “¡Esta es la obra del Señor!” (117,23), y se refiere a la piedra desechada que se convierte en piedra angular, es decir, la piedra que sostiene todo el edificio.

También aquí la obra por excelencia de Dios es el misterio pascual, y un día nuevo, hecho por Dios como el primer día, un tiempo nuevo en el que Dios puede recrear el mundo resucitando al hombre a una vida nueva. La obra de Dios por excelencia es Cristo resucitado, en quien se renueva el universo.

Todo esto debemos percibirlo cuando san Benito nos habla de la obra de Dios. El Oficio divino de la comunidad monástica tiene para él todas estas resonancias descritas por los Salmos. El Oficio divino está, por lo tanto, en el corazón de la vida del monasterio, es el momento en el que Dios obra, y obra como nos enseñan los Salmos y toda la Escritura: como Creador y Redentor, como Dios de la Alianza, como Señor de la Pascua, como Cordero que se sacrifica y resucita para salvarnos del pecado y de la muerte y nos hace hijos de Dios.

Ahora entendemos por qué la obra de Dios es fuente y centro de irradiación, sobre todo para el monje humilde, porque el monje del duodécimo grado de humildad es el monje que se ha dejado completamente formar y recrear por la obra de Dios, hasta identificarse con la obra de la redención en la muerte y resurrección de Cristo. Todo el capítulo sobre la humildad es el capítulo de la obra pascual de Dios. La humildad es, simplemente, la disposición que nos hace libremente dóciles a la obra pascual, que nos hace dóciles a Cristo, manso y humilde de corazón, para dejarnos conducir por Él y en Él, a través del camino de las Bienaventuranzas.

Poner la obra de Dios en el centro de la propia vida quiere decir poner en el centro a Dios, que nos transforma en su Hijo, muerto y resucitado por nosotros. Ahora bien, parece que para san Benito Dios concentre su obra en el Oficio divino. Ciertamente, Dios obra siempre, y nos conforma a Cristo en cada instante del día. Pero es como si la liturgia comunitaria fuera el momento y el gesto más explícito de esta obra de Dios, el momento central, el momento en el que la obra de Dios es esencialmente esta conformación pascual del hombre al Hijo de Dios. Dios obra en todas partes y siempre, y el Espíritu sopla donde quiere, pero es importante que nuestra libertad pueda tener una clara indicación de cómo y cuándo es llamada a aceptar explícitamente esta obra divina, y san Benito afirma esta indicación clara en el Oficio divino, en la oración litúrgica de los Salmos, en la oración de la Iglesia. Si se entiende esto, se entiende que seguramente también para san Benito la Eucaristía dominical es el centro de este centro, el fulcro de esta obra, porque la Eucaristía es la obra pascual de Dios por excelencia, así como la Pascua es el centro de la liturgia de todo el año.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist